

SUSAN WATKINS

¿PRESENTISMO?

Respuesta a T. J. Clark

En «Para una izquierda sin futuro», T. J. Clark expone una serie de retos para una nueva oposición radical. Su punto de partida es la incapacidad de la izquierda actual para aportar una alternativa programática al orden dominante en Occidente, a pesar de que dicho orden esté sufriendo una profunda crisis financiera. La reaparición de las protestas en la calle en las regiones golpeadas, sostiene, no ha generado el replanteamiento fundamental que exige este punto de la historia: una perspectiva que sondee, moral y socialmente, las profundidades del estancamiento de la humanidad, dado que los intentos de revolución socialista efectuados en el siglo xx condujeron a un callejón sin salida, y muchas de las peores derrotas fueron autoinfligidas. La contribución de Clark a la necesaria renovación se basa en el mundo de las imágenes de Brueghel el Viejo, la correspondencia privada de revolucionarios ingleses del siglo xvii, la apasionada desafección de Hazlitt, la teoría de la tragedia en época eduardiana y las profecías mitificadas del último Nietzsche, por no hablar del orgulloso nihilismo punk del título «sin futuro». Las lecciones que la izquierda debe aprender del siglo catastrófico transcurrido entre 1914 y 1989, piensa Clark, hacen referencia a la innata propensión humana a la violencia y los efectos corrosivos que la modernidad tiene sobre las relaciones sociales. Exigen una política de «pasos pequeños», para promover un desarrollo económico sostenible y refrenar el azote de la guerra, dentro de una perspectiva anclada firmemente en el presente, que elimine todas las ideas de un futuro orden no capitalista.

La perspectiva del mundo planteada por Clark, en cuanto historiador del arte y revolucionario, se fraguó en el horno de la Internacional Situacionista (IS), concurrente con una profunda investigación sobre la Revolución de 1848 y su arte en París, en la década de 1960. El autor mantuvo admirablemente intacta la lealtad a los principios del situacionismo tras ser excomulgado en 1966 de la IS de Debord. Si hubo diferencias de énfasis entre ellos –la mejor opinión que Debord tenía de la burocracia soviética, frente al feroz odio de Clark al bolchevismo, por ejemplo– ambos seguirían afirmando que, como resumió Clark, «el ámbito de la imagen constituía cada vez más la localización social en y sobre la que debería enmar-

carse una posible “política” futura¹. Los escritos de Clark sobre arte han sido prueba en sí mismos de la capacidad explicativa y la vitalidad intelectual del situacionismo. Históricamente, la cultura de la izquierda, desde Marx a Trotski, de Lukács a Sartre, se centró abrumadoramente en la literatura, y tuvo mucho menos que decir acerca de las artes visuales, y desde luego de la pintura. Clark ha llevado a este terreno una obra equiparable a cualquiera que pueda hallarse en la tradición literaria.

The Absolute Bourgeois e Image of the People, ambas publicadas en 1973, son soberbias interpretaciones históricas que reconstruyen los patrones de experiencia que informaron las estrategias artísticas de Delacroix, Daumier, Millet, Meissonier y Courbet, ante los levantamientos populares de su tiempo. *The Painting of Modern Life* (1985) amplió la investigación al Segundo Imperio, analizando las representaciones del París de Haussmann en la obra de Manet y sus seguidores. *Farewell to an Idea* (1999) examinaba las prácticas de un conjunto de pintores estratégicamente seleccionados –Pissarro, Cézanne, los cubistas, El Lissitzky, Pollock– que probaron los límites de qué podía hacer la pintura. Parte integrante de estas investigaciones es el propio acto de escribir, como proceso de pensamiento articulado. El modo es en general interrogativo, presionando los marcos pintados para que manifiesten sus significados sociales o –en especial en la obra más reciente, *The Sight of Death* (2006) y artículos en la *London Review of Books*– formales. El tiempo característico es el presente continuo, con su insistencia retórica; la conjugación es la primera persona: «yo» o «nosotros». El impulso –la energía polémica– es ético y político tanto como estético: «*importa*», escribe repetidamente Clark.

Junto a estas obras de historia del arte, Clark es autor o coautor de feroces declaraciones políticas, en parte polémica y en parte manifiesto, que han aparecido aproximadamente cada siete años. En 1990, un panfleto escrito junto con Iain Boal y otros abordaba el significado de la victoria de Occidente en la Guerra Fría con el título de «Sin novedad en el frente oriental». En 1997, «Por qué el arte no puede matar la Internacional Situacionista», publicado en *October*, era una defensa apasionada de la práctica teórica de la difunta IS como base para el arte, enmarcada en gran medida como anatemización de la izquierda no situacionista. En 2004, «Poderes afligidos», publicado en *NLR* 27, fue ampliado en un libro publicado al año siguiente. Escrito en colaboración con el colectivo Retort, el texto movilizaba conceptos debordianos –la sociedad del espectáculo, la colonización de la vida cotidiana– para afrontar el significado del atentado contra las Torres Gemelas, para equipar mejor al movimiento antibélico.

En el contexto de estos escritos políticos es en el que debe situarse «Para una izquierda sin futuro». Cualquier respuesta tendrá que registrar en primer lugar la originalidad de su forma: un contramanifiesto múltiple que

¹ «Los orígenes de la crisis actual», *NLR* 3 (julio-agosto de 2000), p. 140.

moviliza ideas e imágenes de diferentes culturas y siglos, para establecer una intrincada interacción de temas: la ferocidad, la tragedia, la moderación, la temporalidad. El artículo comienza con el Mezzogiorno en la época de Mussolini, un prerrafaelita inglés, irónica metáfora de una orquesta discordante; acaba con la acción policial en las calles de nuestras ciudades. Los mundos premodernos están aquí llamativamente presentes: los rituales de los pueblos arrernte y uarumungu, los soñadores de Brueghel el Viejo, el Reino de los Santos puritano. Ned Ludd y Platonov, Rimbaud, Morris y Jean Charles de Menezes se encuentran entre los muchos que pueblan sus páginas. En lugar de seguir paso a paso los variopintos argumentos de Clark, sin embargo, este artículo explora las explicaciones que «Para una izquierda sin futuro» da a la actual paralización de la izquierda; analiza los recursos en los que se basa y las estrategias retóricas que despliega, antes de sugerir alternativas. Esta es una respuesta preliminar y personal; sin duda habrá otras muchas.

I. EL «SIGLO CATASTRÓFICO»

«Este es el pasado que forma la matriz de nuestra política», señala Clark, insistiendo con razón en que conocer la suerte del socialismo en el siglo xx debería ser fundamental para analizar las perspectivas de este en el xxi. «Para una izquierda sin futuro» ofrece tres interpretaciones superpuestas sobre qué salió mal. La primera contempla los años transcurridos entre 1914 y 1989 como una catástrofe inexplicable, sin forma ni lógica, que «se desarrolló de manera desordenada y desorganizada a partir de Sarajevo». En la segunda, son el resultado de una innata propensión humana a la violencia, a la «conformidad empapada de sangre». En la tercera, la «modernidad» ha producido un nuevo tipo de individuo aislado, obediente, que ya no constituye material adecuado para una sociedad. El artículo no explica las relaciones causales o estructurales entre las tres explicaciones, por lo que tal vez sea más sencillo analizar cada una por separado.

Empecemos, por lo tanto, con la idea del «siglo catastrófico» como un caos «llegado repentinamente de la nada», un caos «imparable e imposible de delimitar». En esta interpretación, Clark parecería estar instalando el irracionalismo *tout court* como su sistema epistemológico fundamental, y quizá recomendándolo a la izquierda futura. El irracionalismo es un mal punto de partida para cualquier perspectiva política; para alguien que intente dejar atrás la catástrofe y la salvación, sería perverso. No sólo los orígenes de la Primera Guerra Mundial son susceptibles de investigación y análisis racionales, sino que estos son impuestos como deber intelectual por la historia que siguió. La Gran Guerra y su solución establecieron las condiciones previas para la ascendencia nazi, la Segunda Guerra Mundial y el programa de exterminio hitleriano, además de preparar la escena para la Revolución bolchevique y ayudar a modelar su curso. Evidentemente, el conflicto que estalló en 1914 no «surgió de la nada». Estuvo inscrito en la disparidad entre la asignación de imperios existente, que favorecía a Reino Unido y Francia,

los primeros en llegar, y el mayor dinamismo económico y militar de los últimos en llegar, Alemania, Japón, Estados Unidos, una vez que el mundo había sido repartido por completo entre un puñado de grandes potencias. Desde finales de la década de 1890, los enfrentamientos entre imperialismos rivales por el acceso monopolístico a materias primas, mercados y proyectos de inversión de capitales en los países semisoberanos –China, Turquía, Persia– y la reasignación de las posesiones coloniales empezaron a sobrepasar los límites de la diplomacia decimonónica. Las coaliciones imperialistas empezaron a desestabilizar el sistema de alianzas europeo; cada vez más, las crisis internacionales se solucionaban mediante tácticas de política arriesgada; la expansión militar y naval seguía el ritmo del crecimiento económico; la decisión de Berlín de respaldar a Viena contra Serbia en junio de 1914 fue tomada con un ojo puesto en el programa de rearme de San Petersburgo. La única fuerza que podría haber impedido la conflagración en ese momento era una resuelta acción antibélica desde la base.

No hace mucha falta recordar aquí la función desempeñada en esta historia por la «forma más noble de reformismo social» de Eduard Bernstein, como la califica Clark. Bernstein dio primero su apoyo a una política colonial expansionista en 1896, casi veinte años antes de que en agosto de 1914 los diputados del SPD en el Reichstag aprobasen los créditos de guerra. Su autoproclamada intervención «revisionista» de 1898 –el objetivo del socialismo no era nada, el movimiento lo era todo– sostenía que oponerse a la brutal represión del levantamiento de los matabele por parte de Rhodes era interponerse a la «expansión de la civilización y a la ampliación de los mercados mundiales». A medida que el socialismo se aproximaba «gradualmente», mediante una constante ampliación de la reglamentación estatal de la economía, a la clase trabajadora dotada de derechos políticos le interesaría la expansión de los mercados coloniales. «Si no hay nada malo en disfrutar del producto de las plantaciones tropicales, no puede haber nada malo en que nosotros mismos cultivemos esas plantaciones», escribía al año siguiente en *Preconditions of Socialism*. Y en 1900: «la cultura más elevada siempre tiene más derecho de su lado que la inferior; si es necesario, tiene el derecho histórico, sí, el deber, de someterla»; «todas las razas fuertes y todas las economías fuertes pugnan por la expansión». La socialdemocracia podía aprobar la invasión de Kiaochow por el Reich con una conciencia limpia, porque el pueblo alemán necesitaba influir decisivamente en la determinación de la política comercial del Imperio Celestial. Y los socialistas tampoco debían pasar por alto la cuestión de la raza, la competencia entre los pueblos civilizados y «el peligro mongol»². La capitulación histórica de 1914 fue resultado lógico de una constante estrategia social-imperialista, aprendida de los fabianos; sus epígonos deben buscarse en las centro-izquierdas de la OTAN, cuando respaldan la carga del hombre blanco.

² Eduard Bernstein, «Zusammenbruchstheorie und Colonialpolitik», *Neue Zeit*, 19 de enero de 1898; *Preconditions of Socialism* [1899], Cambridge, 1993, p. 169 [ed. cast.: *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, México, Siglo XXI de México, 1982]; «Der Socialismus und die Colonialfrage», *Sozialistische Monatshefte* 4 (1900).

El hombre es un lobo para el hombre

La segunda explicación que Clark da al «siglo de la catástrofe» radica en la innata ferocidad humana; igualmente evidente, sugiere, en los gritos de los aborígenes portadores de lanzas y en los ojos de los campesinos vestidos con mandil. Una propensión natural no podría, por supuesto, explicar la periodización, 1914-1989, ya que ¿por qué entonces no empezó la catástrofe con la producción industrial de armas en la década de 1860? ¿Y cómo pudo acabar, 75 años más tarde, con la revolución de los asuntos militares todavía en pleno auge? Por el contrario, Clark desea avanzar dos argumentos muy diferentes. El primero hace referencia a la naturaleza humana, la «infinita» capacidad del hombre para el mal; el segundo, a la violencia como fuerza impulsora de la historia. Las afirmaciones de la maldad perpetua en la naturaleza humana se producen desde hace tanto tiempo como las contraopiniones —el libro de Steven Pinker, *The Better Angels of Our Nature. Why Violence Has Declined*, no es más que el último de una línea que se retrotrae a Condorcet— de que la humanidad se vuelve cada vez más amable. Por contraste, la tradición marxista ha avanzado la concepción de la naturaleza humana como una combinación de necesidades y capacidades, ninguna de ellas «infinita», y ontológicamente social, moral y reproductiva³. Este enfoque tiene la ventaja de teorizar la pluralidad dentro de la comunidad, como seguramente debe hacer una explicación aceptable de la naturaleza humana.

La incidencia de la guerra ha variado ampliamente en la historia humana; las presiones económicas y ecológicas ofrecen explicaciones más verosímiles de su erupción que un impulso intemporal. Las pruebas arqueológicas sugieren que las masacres prehistóricas pueden casi siempre relacionarse con los desastres medioambientales, normalmente sequías o inundaciones. Así, el ejemplo más antiguo de «genocidio prehistórico», un yacimiento de finales del Paleolítico en el valle del Nilo, se produjo durante un periodo de inundación catastrófica de la región. La masacre de Crow Creek, que tuvo lugar a mediados del siglo xiv en las Grandes Llanuras septentrionales, se produjo durante una gran sequía; se piensa que la escasez de agua explica el pico de pruebas osteológicas de muerte violenta en cementerios nativos de aquella época. Por contraste, la «guerra» precolonial en el África subsahariana estaba a menudo guiada por la escasez de mano de obra y dirigida a obtener cautivos, no cadáveres. De modo similar, muchos grupos nativos norteamericanos tomaron rehenes como sustitución demográfica tras las desastrosas epidemias del siglo xvi y comienzos del xvii. En los órdenes socioeconómicos más desarrollados, las sucesivas fases de *pax imperialis* han alcanzado en general, hasta la actualidad, el objetivo de restringir la guerra a operaciones policiales (desde luego muy brutales) en la periferia.

³ Norman Geras, *Marx and Human Nature*, Londres, 1983.

Clark suscribe el viejo relato de que la guerra es el motor de la civilización; en su versión banalizada, la historia de reyes y reinas. La creación de ejércitos profesionales, sostiene el artículo, llevó a la invención de la moneda. Pero el intercambio monetizado había tenido una prehistoria de milenios de duración en el comercio exterior, usando mercancías tales como pieles o metales que combinaban el valor de uso con el valor de cambio. Sus prerequisites incluían el desarrollo de la agricultura, una industria artesana de alto nivel y documentos escritos. Las redes comerciales precedieron a la expansión del ejército y del poder político del protoestado. Las barras de bronce o de plata estampadas que sirvieron de semisistema monetario en Oriente Próximo entre 1100 y 600 a.C. dependían de la forja de herramientas de hierro capaces de cortar y acuñar con precisión otros metales. Señalaban la existencia de un Estado capaz de alcanzar un elevado grado de acumulación anterior, mediante impuestos y tributos. Sus desembolsos a los comandantes de las fronteras presuponían la existencia de comerciantes que aceptasen el metal acuñado a cambio de raciones, calzado, capas y cinturones.

Ese parece haber sido el caso cuando aparecieron las primeras monedas, en el reino lidio del siglo VII a.C., en las fronteras del imperio persa. En 575 a.C., cuando Atenas, una ciudad-Estado responsable ante sus campesinos-soldados, se convirtió en la primera economía plenamente monetizada, con monedas pequeñas así como piezas de alto valor, estaba respondiendo a las necesidades interrelacionadas de una rica área agrícola circundante y un próspero comercio marítimo, en la misma medida que las de sus contingentes de hoplitas. No es minimizar el *uso* de la fuerza militar el decir que su función en la evolución histórica es secundaria; como mucho un precipitado, que actúa en el contexto de determinantes económicos más amplios. Los buques de guerra pueden abrir una vía al comercio, ¿pero qué hizo falta en primer lugar para construir los buques de guerra? Otra forma de plantearlo sería preguntar qué hacían las mujeres, mientras que Clark y el fotógrafo australiano Baldwin Spencer miran a los hombres agitar las lanzas⁴.

Ab, modernidad

La tercera explicación a la matriz catastrófica que ha discapacitado a la izquierda entra en un amplio título, la «modernidad». El término no figura en

⁴ Las notas de Baldwin Spencer sobre el pueblo arremte contrastan drásticamente con las conclusiones que Clark sacaría de sus fotografías. Spencer explicaba el hecho de que ninguna tribu había intentado nunca invadir el territorio de otra haciendo referencia a la creencia de los arremte de que el hombre debe permanecer en la región en la que moran los espíritus de sus ancestros. No sólo era ese país «indudablemente suyo por derecho de herencia», sino que «sería inútil usar el de otro, y el país de otro pueblo no sería bueno para él». La «pelea» con el grupo visitante, usada por Clark para ilustrar la violencia primordial de los humanos, estaba altamente ritualizada: había muchos gritos y «blandir de *boomerangs*», pero sin muertos. En opinión de Spencer, el riesgo mayor para los arremte era la tuberculosis, contraída a partir de la ropa descartada por los europeos. *Photographs of Baldwin Spencer*, ed. por Philip Batty *et al.*, Carlton, VIC, 2005, pp. 5, 56, 44.

las ediciones originales de las grandes obras de Clark sobre la pintura francesa del siglo XIX; hace su primera aparición en *Farewell to an Idea*, a finales de la década de 1990. Por aquella época los sociólogos de la Tercera Vía estaban actualizando dicho concepto, con el fin de describir la cultura mejor adaptada al libre mercado globalizado, y dotándola de una valencia fuertemente positiva. Unos años más tarde, mientras las tasas de crecimiento china e india se disparaban, se acuñó la idea de «modernidades alternativas», para señalar que, como dijo Fredric Jameson, «lo que no os guste del modelo anglosajón hegemónico, incluida la posición subalterna en la que os deja, es eliminable con la noción tranquilizadora de que podéis modelar vuestra propia modernidad»: podía haber un modelo latinoamericano, indio, africano e incluso confuciano⁵. Sabido es que los sociólogos y los críticos culturales adoptan dos actitudes distintas respecto a los mundos vitales y las posibilidades artísticas de la sociedad capitalista. Para una línea, desde Weber a Eliot o Adorno, la visión es incesantemente sombría: una jaula de hierro, una tierra baldía; para otra, desde Marinetti a Hall o Giddens, representa nuevas oportunidades para hacerse a uno mismo. (Se ha sugerido que un tercer enfoque intenta captar ambos aspectos a un tiempo)⁶.

Para mérito de Clark, no se ha asociado él con las efusiones celebratorias; en su obra, la modernidad está dotada de un pesimismo verdaderamente weberiano, lo cual no quiere decir que haya adquirido coherencia conceptual. A falta de una definición satisfactoria, o de coincidencia acerca de su esfera de aplicación (cultura, rasgo distintivo, orden social), causa (protestantismo, capitalismo, consumismo) o periodización (final del feudalismo, Ilustración, 1850, 1905), la modernidad ha pasado a funcionar como un pseudoconcepto, un marcador de posición que evita la necesidad de investigar más; o un modo de hablar sobre el capitalismo sin mencionar el término. Presentando la noción por primera vez en *Farewell to an Idea*, Clark explica que «la palabra “modernidad” se utiliza de manera libre y fácil, con la esperanza de que la mayoría de los lectores la conozcan cuando la vean». Pero el «conjunto de rasgos» dispar por el que él la identifica —reiterado y expandido en «Para una izquierda sin futuro»: «un *ethos*, un *habitus*, un modo de ser humano— sólo sirve para hacer más difusa la «modernidad». El resultado es una inestable amalgama de enfoques weberianos y marxianos incompatibles. De Weber, Clark conserva las ideas de racionalización y desencanto, la pérdida de un mundo anterior (¿a la Reforma?), vagamente indicado, de valores y conocimientos compartidos. De Marx, quiere sostener que el «conjunto de características» que constituye la modernidad está «propulsado por una idea central: la acumulación de capital»⁷.

⁵ Fredric Jameson, *A Singular Modernity*, Londres, 2002, p. 12. Jameson propone una serie de delimitaciones que ayuden a definir un concepto más modesto pero más sustancial. Mientras tanto, sugiere el ejercicio terapéutico de sustituir por el término «capitalismo» cada vez que aparece el de «modernidad», sólo para ver qué ocurre.

⁶ Marshall Berman, *All That Is Solid Melts into Air*, Nueva York, 1982, pp. 15-18 [ed. cast.: *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, trad. de Andrea Morales, Madrid, Siglo XXI de España, 1988].

⁷ T. J. Clark, *Farewell to an Idea*, cit., p. 7.

Mas para Weber, la racionalización era un lento proceso de sedimentación, con unos orígenes perceptibles en los horarios de los monasterios medievales, plenamente cristalizada en la organización de la empresa y la burocracia. El ejemplo determinante era ético: el espíritu protestante provocó la acumulación de capital. El marxismo, por su parte, nunca ha planteado una experiencia social uniforme del capitalismo, sin la inflexión de la clase, la generación o el género; para el propio Marx, el desarrollo de cada economía capitalista estaba únicamente supradeterminado por las coordenadas culturales y medioambientales de cada nación. Desde su época, los procesos de acumulación capitalista han conducido el modo de producción por diferentes fases sucesivas, salpicadas de guerras, crisis y depresiones: el capitalismo de monopolio, la segunda revolución industrial y la aparición del fordismo; el capitalismo del bienestar, propio de la Guerra Fría, y los desarrollismos, que evitan importaciones y fomentan la exportación, de la periferia; la era del capital financiero, la globalización neoliberal y la conversión de China en la fábrica del mundo; y la siguiente fase, hacia la que ahora estamos inconfundiblemente en proceso de transición. Ningún rasgo distintivo, hábito o forma determinada de ser humano es discernible en este variado paisaje.

De hecho, el propio Clark parece estar ahora cansándose de la modernidad, y la introduce sólo para recalcar la lección de la fatal fijación de esta por el futuro. Plantea también otros argumentos distintos. Uno es que, con el capitalismo (o, mejor dicho, la «modernidad») el futuro sólo sirve para engañar a «obedientes individuos aislados» con la «ficción de que llegará una existencia plena». En segundo lugar, la modernidad sustituye a un *modernismo*, perpetuamente centrado, de acuerdo con sus teóricos de Nueva York en la década de 1950, en lo nuevo. La yuxtaposición hecha por Clark entre la torre de Nemrod y el monumento a la Tercera Internacional sugiere que el modelo de Tatlin debería ser anulado por un Jehová iracundo. Pero Tatlin y los constructivistas son realmente representantes de todas las visiones de transformación, o «escenificaciones de transfiguración», que en opinión de Clark son las que han conducido «a la actual debacle». De nuevo, no es fácil separar los argumentos. ¿Se refiere Clark a la incapacidad de la izquierda para organizar una alternativa coherente a la «solución» de Geithner y Bernanke? De ser así, ¿acaso dicha alternativa no implicaría necesariamente al menos cierta visión de transformación? ¿O está hablando más en clave de historia mundial, remedando el mensaje de Radio Libertad: socialismo = mesianismo = gulag?

Todo lo anterior, sin duda; y Clark habrá previsto muchas de las objeciones. Ontológicamente, la idea de una política sin futuro parecería no tener la más mínima oportunidad, si aceptamos que la futuridad es una dimensión constitutiva de la experiencia humana, como nuestros hábitos de procreación –de hecho toda la creación cultural– sugerirían; mientras que cualquier acción efectiva personifica en sí la diferencia entre el «entonces» y el «ahora». El presente en sí, como momento político, sólo puede percibirse mediante la periodización; un proceso de diferenciación que nece-

sariamente plantea un futuro además de un pasado. Sociológicamente, la «gran mirada adelante» no era cuestión de creencia mesiánica, sino una respuesta racional a la experiencia de acelerar el cambio social y económico. Analíticamente, la historia del capitalismo nos enseña que este seguirá; las condiciones se alterarán, aunque las relaciones sigan siendo las mismas. Ideológicamente, sin embargo —y esto es lo que convierte en asombrosa la actitud iconoclasta de Clark— el «sin futuro» parecería ya establecido como el orden posmoderno del momento: un ahora inmutable, de horizonte a horizonte, y una política presentista reducida a la repetición acrítica de las palabras «Yes, we can», «sí se puede».

2. RECURSOS

¿Y qué decir de los fragmentos en los que Clark apoyaría nuestras ruinas: *El país de Jauja* de Brueghel el Viejo, el programa económico de Wall, «El placer de odiar», de Hazlitt, *Shakespearean Tragedy* de Bradley, la *Voluntad de poder* de Nietzsche, las notas de Benjamin para «Sobre el concepto de la historia»? La lista entrecruza tiempos y disciplinas, desde la Holanda de los Habsburgo hasta la ocupación nazi de París. Para evaluar las aportaciones que podrían hacer a una nueva perspectiva de izquierdas, tal vez sea útil volver a situar estas voces y visiones en su contexto respectivo, para ayudar a aclarar qué decían exactamente acerca de las utopías, el desarrollo económico, la naturaleza humana, la teoría de la tragedia, la estrategia política y el tiempo.

Un materialista flamenco

El país de Jauja nos frena en seco, como siempre hace Brueghel; incluso en la reproducción en blanco y negro de la página 61, un recordatorio negativo de lo importante que era el color en la obra de Brueghel: los pantalones de seda rosa y la capa de piel de zorro del intelectual protoestatal; el tronco de color castaño oscuro del árbol, que se convierte en mesa, proyectando una ominosa sombra otoñal sobre el borde del monte; el brillo plateado del mar; los rojizos y ocre de los pasteles que cubren el falso tejado de la esquina superior izquierda, desde la que un hambriento soldado de los Habsburgo observa al repantingado trío. También el espectador parece mirar desde un montón de heno; Brueghel nos sitúa en una posición a la que debemos haber avanzado comiendo. Para el presente fin, la posible relación del cuadro con una renovada perspectiva de la izquierda, debe tenerse en cuenta el mundo fuera del taller de Bruselas. *El país de Jauja* fue pintado en 1567, cuando las fuerzas de los Habsburgo comandadas por el duque de Alba aterrorizaban las ciudades holandesas, volviendo a imponer los autos de la Inquisición durante un periodo de crisis económica, tras las revueltas iconoclastas del año anterior. Se produjeron ejecuciones masivas en la Grand Place y miles de detenciones; las propiedades de los rebeldes fueron confiscadas. Se estaban plantando las semi-

llas para el aterrizaje de los mendigos del mar y el estallido de la Gran Revuelta, que establecería la República de Holanda, un faro para la ilustración del siglo xvii, tras la muerte de Brueghel. Su cuadro titulado *La masacre de los inocentes* (1568) parece una reflexión directa sobre el terror de Alba: una aldea flamenca cubierta de nieve, mujeres que ruegan a oficiales de tabardo rojo que respeten la vida de los niños, amenazantes soldados con armaduras negras observando la escena. *El país de Jauja* es la negación de eso. Sin saber quién lo encargó –algunos de los mecenas de Brueghel ocupaban altos cargos en el gobierno de los Habsburgo– sus motivos siguen siendo misteriosos. Clark ofrece una interpretación atractiva del cuadro, como sátira mundana de la espiritualidad, una sátira que insiste en que todo sueño de bendición es «pesado, ordinario y está centrado en el presente». Pero en el contexto de aquellos tiempos amargos, ¿no podría interpretarse igualmente como una crítica condenatoria a la ilusión de un presente infinito, ajeno a los sucesos históricos que se producen fuera?

Una conciencia de nivelador

Escrita casi un siglo después, la carta que Clark cita de Moses Wall a Milton es un emotivo documento histórico: una voz, de sobriedad e inteligencia asombrosas, de quien nada más sobrevive. El propio texto sólo existe en una copia posterior; las cartas de Milton a Wall –es posible que le enviase el *Tratado de poder civil en causas eclesiásticas*– han desaparecido. El otro vestigio de Moses Wall es como estudiante de Cambridge entre 1627 y 1635 (Milton estuvo allí de 1625 a 1632). Wall escribe desde Caversham, Surrey, a finales de mayo de 1659. El atolladero del doble poder entre el mando del ejército por un lado, y la City y los intereses de la *gentry* por otro, se estaba fracturando, a favor de los últimos. El ejército de Monck pronto marcharía sobre Londres para restaurar el parlamento monárquico.

Clark recomienda la carta de Wall por su «materialismo enormemente modesto y muy moderado», pero las propuestas económicas que contiene hay que tratarlas con cuidado. Es un programa de Nivelador (*Leveller*), no de Cavador (*Digger*). Las exigencias más radicales de Wall son la abolición de los diezmos –el impuesto del 10 por 100 que los feligreses debían aportar para sostener a los sacerdotes de la Iglesia de Inglaterra– y que se asegurase la permanencia de los pequeños agricultores, frente a los arrendamientos «enfiteúticos» «sometidos al Señor (o mejor dicho Tirano) de un Feudo», que los tenían «mucho más esclavizados al señor del Feudo que el resto de la nación lo está al Rey o al Magistrado supremo»⁸. Pero la segunda sugerencia de Wall, mejorar «pantanos, bosques y terrenos comunales», suponía en general establecer los cercados, a los que se oponían ferozmente los jornaleros rurales sin tierras, que dependían de los últimos

⁸ *Complete Prose Works of John Milton*, New Haven y Londres, 1980, vol. vii, 1659-1660, pp. 510-513.

terrenos abiertos para apacentar sus animales y poner trampas, que recogían leña en los bosques o pescaban en los pantanos sin drenar, como único complemento a los peniques que podían obtener mediante el trabajo asalariado. Los bosques proporcionaban refugio a los vagabundos sin hogar, sostenía el líder de los Cavadores, Gerrard Winstanley, «fuera de la vista o fuera de la esclavitud»⁹. Las otras recomendaciones de Wall, por su parte —mejorar las manufacturas, la pesca y el comercio marítimo inglés—, habían constituido el centro de la política económica gubernamental tanto durante la República como durante el Protectorado. Los fabricantes se beneficiaron del levantamiento de las restricciones monopolísticas y la relajación de las normas referentes a los aprendices. El servicio de correos del secretario de Estado John Thurloe y el programa de construcción de carreteras mejoraron las comunicaciones. La rápida expansión de la Armada durante el mandato de Cromwell, financiada por las propiedades expropiadas en Irlanda, ayudó a obligar a Holanda, Suecia y Portugal a hacer concesiones, en beneficio del comercio inglés; Jamaica fue capturada a España y su mano de obra esclava aumentó drásticamente; la Armada también protegía contra la piratería y defendía las flotas pesqueras inglesas. Este era el proyecto de modernización de capitalismo inicial por el que el Parlamento, la City de Londres y los mercaderes atlánticos habían librado la Guerra Civil. Clark insiste correctamente en que la formulación de exigencias económicas adecuadas, ya fuesen maximalistas o transitorias, es un elemento fundamental para una renovación de la izquierda; pero los diversos elementos del programa nivelador deben ser examinados en sus propios términos.

¿Cuál era la perspectiva estratégica de Wall para dicho programa? «Hemos esperado la Libertad, pero debe ser obra de Dios y no del hombre», le escribía a Milton. «Dios sacará adelante esa bendita obra a pesar de todos los que se oponen a ella, y los llevará a la ruina si persisten en ello». Clark sugiere que podemos dejar a un lado las suposiciones ideológicas de los revolucionarios puritanos, la percepción de su situación en virtud de la Caída y del Reino de los Santos. Pero como señaló Christopher Hill, este fundamento religioso resultó ser especialmente incapacitante al enfrentarse a las contrariedades: para quienes creían haber luchado por la causa de Dios, la derrota total que supuso la Restauración fue un «golpe devastador»: «quienes habían sido instrumentos del Dios omnipotente en 1648 y 1649 se revelaban ahora como mortales impotentes». Tras 1660, Dios presidió la nueva corte de Carlos II. A diferencia de las filosofías laicas de la Ilustración, es posible hacer que la religión sirva a cualquier fin social, sostenía Hill, gracias a la ambigüedad de sus textos básicos¹⁰. El avance que representó el poner en correspondencia entre sí la razón política laica y la práctica popular debería ser registrado como un legado vital de la izquierda, no desechado.

⁹ Christopher Hill, *The Century of Revolution*, Londres, 1961, ed. rev., 1980, p. 41.

¹⁰ Christopher Hill, «God and the English Revolution», *History Workshop Journal*, primavera de 1984.

Una Restauración radical

William Hazlitt escribía casi 170 años después, a la sombra de otra derrota histórica. Hazlitt puede interpretarse como el equivalente inglés de otros grandes aborrecedores de la era de la Restauración francesa: Pushkin, Heine y Stendhal; él y Beyle se conocían, y plagiaban mutuamente sus obras. Operando bajo una censura menos severa, Hazlitt fue el más directamente político de los cuatro (aunque su práctico silencio respecto a la masacre de Peterloo ha sido atribuido a órdenes amordazantes del gobierno). De procedencia más modesta, aprendió él solo a escribir para ganarse el sustento; el desatado crecimiento de la prensa periódica inglesa a comienzos del siglo XIX le permitió abarcar arte, literatura, teatro y pensamiento político; y censurar sin piedad la renegación de Southey, Coleridge y Wordsworth. Clark quiere convocarlo como testigo de la innata propensión humana a la violencia, sosteniendo que tiene mucho que decirnos acerca de «Homs y Abbottabad», situaciones completamente distintas, ninguna de las cuales puede explicarse por la antigua pasión por el derramamiento de sangre. Arrancando un párrafo de su contexto en «Sobre el placer de odiar» —escrito en 1823, un periodo desastroso en la vida personal de Hazlitt, cuando no obstante tenía que brillar sobre el papel para pagarse el alquiler—, Clark pasa por alto las ironías del ensayo. Hazlitt no tiene como objetivo el conocimiento antropológico, sino la crítica cultural y existencial. Empieza con una reflexión sobre el hecho de ser demasiado remilgado para matar una araña y concluye: «Odiamos a los viejos amigos; odiamos los libros viejos; odiamos las viejas opiniones; y finalmente llegamos a odiarnos a nosotros mismos». Su amigo Leigh Hunt, en la reseña hecha al ensayo cuando fue publicado en *The Plain Speaker*, deseaba que Hazlitt se hubiera «mostrado tan incorruptible por su propia melancolía y su propia impaciencia, como lo es por lo que ha convertido en apóstatas a sus amigos poetas del Distrito de los Lagos»¹¹.

La relación entre pasión y razón fue uno de los temas centrales de Hazlitt, que la exploró desde muchos ángulos distintos; como en el caso de Stendhal, a plena velocidad su prosa puede empezar a generar ideas mediante libre asociación y es posible citarlo adoptando distintas posiciones. Pero Hazlitt nunca redujo las pasiones humanas a la propensión a la violencia. Al escribir sobre la relación entre el sentimiento y el intelecto en política, en «What is the People?», sostenía que la voluntad del pueblo estaba guiada, «en primer lugar, por el sentimiento popular, surgido de las necesidades y los deseos inmediatos de la gran masa de gente», y segundo, «por la opinión pública, surgida de la razón imparcial y el intelecto ilustrado de la comunidad»; no podía haber mejor criterio para los males nacionales, o los remedios adecuados contra ellos. Si la izquierda quiere aprender lecciones de Hazlitt acerca del odio, sería preferible que fuesen las políticas:

¹¹ William Hazlitt, «On the Pleasure of Hating», en *The Fight and Other Writings*, Londres 2000, p. 438; James Leigh Hunt, en *The Companion*, marzo de 1828, citado en Duncan Wu (ed.), *Selected Writings of William Hazlitt: Volume 8*, Londres, 1998, p. xv.

Para ser un buen jacobino, un hombre debe saber odiar, pero esta es la más difícil y menos afable de las virtudes: la más fatigosa e ingrata de todas las tareas... El verdadero jacobino odia a los enemigos de la libertad como ellos odian la libertad, con toda su fuerza y toda su energía. Su memoria es tan larga y su voluntad tan fuerte como las de ellos, aunque sus manos sean más cortas. Nunca olvida ni perdona una injuria hecha al pueblo, porque los tiranos nunca olvidan ni perdonan la que se les haga a ellos¹².

Un estudioso de las tragedias eduardiano

Ochenta años más tarde, a comienzos del siglo xx, A. C. Bradley operaba también en otro medio: clases sobre las tragedias de Shakespeare a universitarios de Oxford, publicadas en lo que se convertiría en un texto elemental para generaciones de estudiantes ingleses. Clark quiere conjugar la perspectiva de Bradley sobre la tragedia con la suya propia, como teoría de «constante presencia de la violencia en los asuntos humanos». Pero esta no era la posición de Bradley, que era hegeliano y aceptaba la teoría de la tragedia establecida en las *Lecciones sobre estética*. Para Bradley, como para Hegel, la tragedia no surge de la violencia o del sufrimiento en sí, ni del miedo y la pena que este pueda evocar; la esencia del conflicto trágico es «la guerra entre el bien y el mal»:

La familia reclama lo que el Estado niega, el amor exige lo que el honor prohíbe. Las fuerzas opuestas son en sí mismas legítimas, y la reivindicación de cada una está igualmente justificada; pero el derecho de cada una se ve impulsado hacia un mal, porque olvida el derecho de la otra, y exige ese vaivén absoluto que no le pertenece a ninguna por sí sola, sino al todo del que cada una es sólo una parte¹³.

Desde este punto de vista, la tragedia acaba con una resolución del conflicto, incluso aunque la acción de reconciliación deba pasar por la catástrofe que supone la muerte del protagonista: la sustancia ética de los poderes legítimos se afirma; lo que se niega es la afirmación exclusiva de su derecho. Bradley difería de Hegel principalmente en la cuestión de si la tragedia moderna –Calderón, Schiller, Shakespeare–, en la que el conflicto es característicamente interno al protagonista, representaba una decadencia respecto al canon de la Grecia clásica. Distanciándose de la «hostilidad [de Hegel] al individualismo y al carácter apolítico de la moral cristiana» en *Lecciones de estética*, Bradley intentó «fortalecer» la teoría de Hegel demostrando que también el conflicto trágico en Shakespeare podía interpretarse como la guerra del bien contra el mal. Ilustraba su tesis con el «caso concreto» de Macbeth, en quien encontraba coraje, imaginación, una conciencia lúcida y determinación para seguir adelante, a pesar de que tierra,

¹² William Hazlitt, «What is the People?», *The Fight and Other Writings*, cit., pp. 373-374, 361.

¹³ Andrew C. Bradley, «Hegel's Theory of Tragedy», *Oxford Lectures on Poetry* (1909), Londres, 1965, pp. 71-72.

cielo e infierno se aliasen contra él: «¿No son estas cosas en sí buenas, y gloriosamente buenas?». La teoría de la tragedia de Hegel-Bradley no puede aplicarse por consiguiente al terrible «humo humano» de los campos de exterminio nazis, porque eso sería imputarles cierto bien a los perpetradores, cierta «sustancia ética» a sus hechos. Auschwitz no fue Tebas.

La segunda razón de Clark para acudir al punto de vista de Bradley sobre la tragedia es que es «más político que todos los grandes teóricos» que lo siguieron. ¿Cuál era la política de Bradley? Nacido en Cheltenham en 1851, fue el hijo menor del predicador evangélico Charles Bradley (1789-1871), de quien se dice que tuvo veintidós hijos y los maltrató a todos. Como reacción, quizá, el joven Bradley se sintió atraído por el Romanticismo revolucionario: Shelley en poesía, Mazzini en política. Mucho más tarde, le contaría a su gran amigo Gilbert Murray, el clasicista australiano y traductor canónico de Esquilo y Sófocles, que siendo estudiante en Balliol, en 1872, había pasado media noche en vela llorando la muerte de Mazzini. Idealista ardiente, le alegró en extremo la unificación alemana. En agosto de 1914, este internacionalismo liberal se vino a pique. Bradley escribió a Murray que se alegraba de que Inglaterra hubiese declarado la guerra, «yo tenía un terror mortal a que pudiera quedarse al margen»¹⁴. Aportó un respetuoso prefacio a un libro de conferencias escrito por su amigo J. A. Cramb, *Germany and England*, que exponía las glorias de ambos imperialismos, aunque consideraba inevitable el conflicto entre ellos¹⁵. En consonancia con esto, Bradley sostenía en una conferencia pronunciada en 1915 sobre la «Moral internacional» que era justo comparar la guerra con la tragedia: «Si la desaparición de cualquiera de ellas significase la desaparición, o incluso una disminución, de esas nobles y gloriosas energías del alma que aparecen en ambas, la vida de la paz perpetua sería una pobreza, superficialmente menos terrible quizá que la vida actual, pero mucho menos grande y buena»¹⁶.

Un profeta del irracionalismo

De haber vivido para verla, también Nietzsche, en igual medida que Bradley, habría dado la bienvenida a la Gran Guerra. «¿Decís que es la buena causa la que santifica incluso la guerra? Yo os digo: es la buena guerra la que santifica cualquier causa», escribía en *Así habló Zaratustra*; una edición impermeable del libro, especialmente impresa, con una tirada de 150.000 ejemplares, fue distribuida entre los soldados alemanes «más cul-

¹⁴ Cartas escritas a Murray el 27 de febrero de 1913 y en agosto de 1914, en Katharine Cooke, *A. C. Bradley and his Influence in Twentieth-Century Shakespeare Criticism*, Oxford, 1972, pp. 25, 44.

¹⁵ J. A. Cramb, *Germany and England*, Londres, 1914.

¹⁶ Andrew C. Bradley, «International Morality», *The International Crisis in its Ethical and Psychological Aspects*, Londres, 1915, pp. 64-65.

tos» que marchaban hacia el frente¹⁷. Nietzsche y Bradley eran casi contemporáneos, sólo seis años mayor el primero. Pero mientras que Bradley escribía, a comienzos de la década de 1900, desde las filas medias de una clase intelectual sólidamente atrincherada en un orden imperial que dominaba buena parte del mundo, Nietzsche operaba en una situación más febril: una tradición filosófica más ambiciosa, forzada a lidiar con la llegada repentina de la categoría de gran potencia del Reich y el reto simultáneo de un poderoso movimiento obrero. En su penetrante caracterización, Lukács sugirió que el mayor don de Nietzsche fue su «sensibilidad anticipadora» respecto a lo que necesitaría la desafecta clase intelectual de la era imperial; sus deslumbrantes aforismos y su amplio alcance cultural «satisfarían los instintos frustrados, a veces rebeldes, de dicha clase con gestos que parecían fascinantes e hiperrevolucionarios». La función social de los escritos de Nietzsche fue la de rescatar intelectuales insatisfechos que podrían ser atraídos al movimiento obrero alternativo; basándose en su filosofía, «uno podía seguir como antes –con menos inhibiciones y conciencia más limpia– y sentirse mucho más revolucionario que los socialistas». Aunque Nietzsche rechazaba la idea de sistema, Lukács sostenía con notable coherencia que la hostilidad a la igualdad, a la democracia y al socialismo eran los principios organizadores de toda su obra: «hacer la idea de la igualdad humana intelectualmente despreciable y eliminarla: ese fue el objetivo básico durante toda su trayectoria»¹⁸. Las polémicas anticristianas de Nietzsche no iban destinadas contra los príncipes de la Iglesia, sino contra una ideología de socorro a los más pobres.

Desde un punto de vista muy distinto, los problemas de igualdad, y por lo tanto de valor, son también centrales en el *Anti-Nietzsche* de Malcolm Bull. A diferencia de quienes seleccionan e interpretan los escritos de Nietzsche, al estilo de una hueste de admiradores de posguerra, Deleuze y Foucault a la cabeza, y de quienes simplemente lo toman al pie de la letra como un elitista mesiánico, como han hecho sus admiradores de derecha y los críticos de izquierda, el proyecto de Bull es concebir cuál podría ser el alegato completo (moral, estético, social, ecológico) contra Nietzsche. En un estilo de calmada limpidez que es la antítesis a la pirotecnia nietzscheana, y con inquebrantable cortesía hacia los conceptos de otros, Bull va desplegando la lógica de la negación del valor y de la expansión de la igualdad, en un estudio que sitúa la historia de las ideas en conversación con la historia de las sociedades, las prácticas y las creencias. El resultado, siendo radical, parecería hasta el momento irrefutable¹⁹.

Clark se ha convertido tardíamente a Nietzsche. «El socialismo debería haber comprendido desde el comienzo que fuentes como estas estaban envenenadas», escribía en 1999:

¹⁷ Friedrich Nietzsche, *Thus Spoke Zarathustra: A Book for All and None*, Cambridge, 2006, 33, x.

¹⁸ Georg Lukács, *The Destruction of Reason* (1962), Londres, 1980, pp. 315-317, 358, 366 [ed. cast.: *El asalto a la razón*, trad. de W. Roces, Barcelona, Grijalbo, 21978].

¹⁹ Malcolm Bull, *Anti-Nietzsche*, Londres y Nueva York, 2011.

A comienzos de la década de 1890 había en el extranjero la idea de que Nietzsche y todos los demás profetas del irracionalismo podían ser simplemente plagiados y utilizados por su odio al positivismo. El movimiento del futuro se encargaría de su otro odio, más profundamente instalado, a las masas [...] Ojalá hubiera sido cierto²⁰.

Ocho años más tarde, Clark se describía a sí mismo como «nietzscheano de izquierdas»²¹. «Para una izquierda sin futuro» no arroja luz sobre este cambio de idea, y claramente tampoco 1989 ni 2008 pueden explicar este giro radical. Pero la influencia de Nietzsche en el texto va más allá de los tres párrafos que allí se citan. El primero, de un fragmento de «El duelo en Homero», 1872, se usa para establecer la opinión de Clark de que la naturaleza humana disfruta con el dolor y la violencia. Nietzsche, sin embargo, pasó mucho más tiempo lamentando la debilidad y la degeneración física de sus contemporáneos, y su argumento en este texto trata de las culturas, no de la naturaleza humana: ojalá lográsemos ser tan aficionados al combate y a la competición como los helenos. La segunda cita —«no somos fundamentales para la sociedad»— puede ser más importante para Clark. La vehemencia de Nietzsche en *La gaya ciencia* estaba dirigida, por supuesto, contra los socialistas: «uno lee su lema para la futura “sociedad libre” en todas las mesas y en todos los muros», a pesar de la draconiana Ley Antisocialista emitida por el Reich. El aforismo contrasta la época de los gremios y las profesiones prescritas en la Edad Media, que producían «pirámides sociales de base amplia», con la nueva creencia «americana» de que el individuo es «capaz de desempeñar cualquier función», y cada uno improvisa y experimenta consigo mismo; lo que está muriendo es «la fe básica de que el hombre sólo tiene valor y sentido en la medida en que se convierte en una *pedra de un gran edificio*»²². Pero lejos de ser extra-sociales, los hombres hechos a sí mismos que él deplora son exactamente los tipos burgueses que constituyen una sociedad capitalista en rápida expansión, y están constituidos por ella. Tal como aparece, la tesis planteada por Clark de que «no somos fundamentales para una sociedad» sigue siendo una afirmación sin argumentar. Empíricamente, la naturaleza humana ha producido una gama asombrosamente amplia de formas sociales y se ha reproducido en ellas; el registro histórico no sugiere que un sistema más equitativo de propiedad y distribución esté fuera de la capacidad de la especie. Sociológicamente, la afirmación fracasa ante la ambigüedad de «Para una izquierda sin futuro» en lo referente a si somos, de hecho, guerreros insaciables o «individuos aislados y obedientes», que hemos reprimido o eliminado nuestros tigres interiores.

²⁰ T. J. Clark, *Farewell to an Idea*, cit., pp. 95-96.

²¹ T. J. Clark, «My Unknown Friends: A Response to Malcolm Bull», conferencia pronunciada en diciembre de 2007 en el Townsend Center, UC Berkeley; editado en *Nietzsche's Negative Ecologies*, Townsend Papers in the Humanities, núm. 1, 2009.

²² F. W. Nietzsche, *The Gay Science*, Cambridge, 2001, 356; cursiva en el original. Las citas de las obras de Nietzsche se dan por número de sección a no ser que se especifique de otro modo.

El tercer párrafo, sobre la «moderación», es quizá el más importante respecto a «Para una izquierda sin futuro». Clark censura prudentemente los elementos inaceptables incluidos en el fragmento de *La voluntad de poder* escrito el 10 de junio de 1887, dejando su cita con una masa de puntos suspensivos. Restaurado a su significado y contexto plenos, está claro que Nietzsche hablaba de la moderación de los *vencedores*, al emerger de la crisis purificadora que «saca a la luz los más débiles y menos seguros» y «de ese modo promueve un orden de rango acorde con la fuerza, desde el punto de vista de la salud: quienes mandan son reconocidos como aquellos que mandan, quienes obedecen como los que obedecen». En este contexto, *die Mässigsten*, los más moderados —«hombres seguros de su poder que representan la fuerza alcanzada por el hombre de orgullo consciente»— demostrarán ser *die Stärksten*, los más fuertes²³. Más en general, el uso que Nietzsche hace de *mässig* y de términos relacionados parece darse en un espíritu abiertamente contrarrevolucionario, o denotar todo lo que, con razón, el *Übermensch* desprecia y contra lo que se enfurece. Un ejemplo de lo primero es el aforismo, «Un espejismo en la doctrina de la revolución», en *Humano, demasiado humano*, en el que elogia la naturaleza «moderada» (*maassvolle*) de Voltaire para mejor condenar la «apasionada locura y las medias mentiras [de Rousseau] que han levantado el espíritu optimista de la revolución, contra el cual yo grito *Écrasez l'infâme!*». El aforismo que sigue, la «Moderación», advierte contra «la inutilidad y el peligro de todos los cambios repentinos»²⁴. Una muestra representativa del segundo uso es la apología que, en *Más allá del bien y del mal*, Nietzsche hace de «la bestia de presa y el hombre de presa (por ejemplo, César Borgia)», como «el más sano de todos los monstruos tropicales», que se sostiene bien ante los «hombres de moderación», y por lo tanto de «mediocridad». En esa misma obra Nietzsche escribe: «*Das Maass ist uns Fremd*»; «La moderación nos es ajena, confesémonoslo a nosotros mismos; nuestro anhelo es realmente el anhelo de lo infinito, lo inmensurable. Como el jinete en su jadeante caballo galopando hacia delante», etcétera²⁵.

La presencia de Nietzsche en «Para una izquierda sin futuro» quizá sea aún más extensa. Sería posible interpretar que los demás pensadores en los que Clark se basa sirven para tapar aquellos lugares en los que el pensa-

²³ En una versión anterior, Clark reflexionaba sobre una interpretación nietzscheano-izquierdista del término «rango» como «liderazgo», entendido como «relacionado con el dominio de destrezas específicas»: «Presumo que deberíamos aceptar que la izquierda ha sufrido enormemente por la falta de una teoría y una práctica política de liderazgo así concebido». «My Unknown Friends», cit., p. 87.

²⁴ F. W. Nietzsche, *Human, All Too Human*, 463, 464 [ed. cast.: *Humano, demasiado humano*, trad. de Alfredo Brotons, Madrid, Akal, 1996, 2 vols.].

²⁵ F. W. Nietzsche, *Beyond Good and Evil*, 197, 224. Respecto a la moderación de la política personal de Nietzsche, véanse las notas de 1888 que anticipan la publicación de su *Anticristo*: «Uno haría bien en fundar asociaciones en todas partes, para asegurarse, en el momento adecuado, varios millones de seguidores. Valoro ante todo tener a los cuerpos de oficiales y a los banqueros judíos de mi parte», citado en Mazzino Montinari, *Reading Nietzsche*, Urbana, Illinois, 2003, p. 121.

miento de Nietzsche debe ser omitido o adaptado para cubrir las necesidades presentes. La teoría de la tragedia de Nietzsche es demasiado positiva e intervencionista para los fines de Clark —«Son los espíritus heroicos los que se dicen sí a sí mismos en la crueldad trágica»²⁶—, mientras que la de Bradley puede aportar una valencia negativa al tigre interior, al que el autor de «El duelo en Homero» asignaba una función más creativa. A través de Hazlitt y Spencer, es movilizada la eterna propensión humana a la violencia, en lugar de la implacable división nietzscheana de la humanidad entre dominadores y dominados. En las cadencias de la insistencia de Clark en el presente inmutable —no habrá futuro sin guerra, sin pobreza, etc., porque *no habrá futuro*— casi se puede oír a Zaratustra: «la existencia tal cual es, sin significado ni objetivo, sino inevitablemente volviendo a la nada sin final: *eterno retorno*».

Benjamin veía las cosas de otro modo. «El eterno retorno es el castigo de quedarse en el colegio proyectado a la esfera cósmica: la humanidad tiene que copiar su texto en infinitas repeticiones», escribía en 1940, aludiendo a Éluard. Cuando Nietzsche tomó la idea, se convirtió en «el portador de la ruina mítica»²⁷. El concepto dinámico del tiempo-ahora que Benjamin evocó en las hermosas líneas de Turgot que Clark cita —«la política está obligada a predecir el presente»— va completamente en contra de la lógica del eterno retorno. En palabras de Benjamin: «La existencia de la sociedad sin clases no puede pensarse al mismo tiempo que se piensa la lucha por dicha existencia. Pero el concepto del presente, su sentido vinculante para el historiador, está necesariamente definido por estos dos órdenes temporales»²⁸. El intento de reunir a ambos pensadores no cuaja.

3. ACERCA DEL ESTILO

«Para una izquierda sin futuro» promete «una retórica, una tonalidad y un imaginario»; ¿qué significa esto? Clark es uno de los escritores de izquierda más dotados, un maestro en los recursos de la prosa, de la afección y del significado. Pero en este artículo el lector puede a veces sentirse tan coaccionado como persuadido. Una forma que esto adopta es la asíndeton, listas en las que (por ejemplo), Franco, Pol Pot, Ayman al-Zawahiri marchan al mismo paso, sin siquiera una conjunción entre ellos; haciendo que el lector se pregunte si Clark piensa que la causalidad histórica influye. En otras partes, las afirmaciones confiadas hacen que parezca, de manera literal, contradecir de plano los hechos establecidos. «El socialismo se convirtió en nacionalsocialismo»; de hecho, se convirtió principalmente en socialdemocracia. «La izquierda griega ha permanecido en silencio»; por el contrario, allí ha estallado un furioso debate sobre las diferentes formas de

²⁶ F. W. Nietzsche, *Will to Power*, 852.

²⁷ Walter Benjamin, «Paralipomena to "On the Concept of History"», *Selected Works*, vol. 4, Cambridge, Massachusetts, 2003, pp. 403-404.

²⁸ *Ibid.*, p. 407.

impago de la deuda. «Marx», «Luxemburg», «Gramsci» eran «reacios a obsesionarse con el tema de la derrota», y sin embargo, los dos temas centrales de los escritos políticos de Marx fueron la instauración del Segundo Imperio y el aplastamiento de la Comuna de París; Gramsci fue el teórico de la restauración a modo de revolución pasiva; fue Luxemburg quien escribió, en la primavera de 1915, «Y en medio de esta orgía se ha producido una tragedia mundial: la capitulación de la Socialdemocracia». Por supuesto, Clark lo sabe; por lo que debe de estar usando las palabras para querer decir otra cosa, quizá para indicar que no desea hacer hincapié en la socialdemocracia, Grecia o los estudios sobre la derrota del materialismo histórico. Pero en ese caso, ¿por qué no decirlo?

La izquierda europea, a la que va dirigido «Para una izquierda sin futuro», es una baja prematura de esta *force majeure* retórica: despiadadamente acusada de disfrutar de su marginalidad, obsesionada por la catástrofe y la salvación. Sin duda hay a quienes, de una forma u otra, les sean aplicables los calificativos de Clark, y quizás incluso algunas pobres almas dementes, atrapadas en un *flashback* de pesadilla a Kiel o Barcelona, que respondan a todos ellos. Pero como retrato colectivo de las fuerzas pequeñas y dispersas de las izquierdas intelectuales y activistas de hoy, es poco convincente. Llama la atención que «Para una izquierda sin futuro» no ofrezca un verdadero análisis de cuáles son estas fuerzas: los periódicos (pongamos, *Le Monde diplomatique*, *Il Manifesto*, *Das Argument*) y las editoriales; las frágiles formaciones electorales, contra la guerra, contra la austeridad, que recogen entre el 3 y el 10 por 100 de los votos; las generaciones superpuestas de formas políticas (parciales e inadecuadas); escisiones izquierdistas de la socialdemocracia y el eurocomunismo, vestigios de los grupos marxistas, sindicatos domados, ecologistas indómitos, protestas horizontalistas renacidas después de 2008, tras su primera aparición en los movimientos antiglobalización. En *Afflicted Powers*, Clark y sus colaboradores ofrecían una evaluación más comedida de una izquierda que «habla desde un momento de derrota histórica», que «conoce su propia impotencia»²⁹. Esto parece más preciso. Todavía en 2000, la insistencia por parte de un redactor de *NLR* en registrar con lucidez una derrota política –no intelectual ni moral–, fue recibida con indignación; hoy es en general de sentido común³⁰.

4. ALTERNATIVAS

La moderación de los vencedores; un programa de mantenimiento de la paz que debilite o desarme la soberanía del Estado territorial; ¿es a esto a lo que tiende «Para una izquierda sin futuro»? Hay razones para creer que no. El declarado reformismo de Clark no pretende respaldar ni adornar el orden EEUU-ONU. Su reto de meditar el proyecto de la izquierda hasta

²⁹ Retort, *Afflicted Powers: Capital and Spectacle in a New Age of War*, Londres y Nueva York, 2005, p. 14.

³⁰ Perry Anderson, «Renovaciones», *NLR* 2 (mayo-junio de 2000).

una profundidad de «siete plantas» es oportuno y bien recibido. Es posible admirar la intensidad imaginativa de la perspectiva que explora y al mismo tiempo registrar las limitaciones de los pensadores en los que se basa para una izquierda que, en contra de Bradley y Nietzsche, se opondría a la lógica del imperialismo y se basaría en los principios de igualdad social y razón filosófica. ¿A qué recursos alternativos podría acudir?

Acción y desorden

En lo que a la tragedia se refiere, la tradición materialista histórica más amplia podría ser el mejor punto de partida. En *Modern Tragedy*, Raymond Williams esbozó una perspectiva positiva que superaría «la habitual separación entre el pensamiento social y el pensamiento trágico». Hijo de ferroviario, el objetivo de Williams era entender cómo han sido formulados los límites de las sucesivas teorías de la tragedia, como el de que las experiencias vitales devastadoras de la masa de gente estaban sistemáticamente excluidas de ellas. Moviéndose entre concepciones derivadas del teatro y patrones de praxis social, sostenía que, si bien la cultura burguesa había extendido el alcance de la experiencia trágica —la tragedia de un ciudadano podía ser tan real como la de un príncipe— había limitado al mismo tiempo drásticamente la naturaleza de la experiencia trágica. En formas anteriores, la caída del protagonista trágico tenía consecuencias sociales, e implicaba la caída de su casa o de su reino; por contraste, la tragedia burguesa hacía referencia al destino del individuo, en general enfrentado a un público impávido. Al mismo tiempo, el sufrimiento humano de origen social —un desastre minero, pongamos— era definido como no-trágico, «en el propio sentido de la palabra»: carente de sentido general; «accidental»³¹.

Williams aceptaba que era necesario establecer una distinción entre el sufrimiento «trágico» y el «accidental». Conservó de Hegel y Bradley las nociones definitorias del agente humano, la sustancia ética —la relación entre las trayectorias de los personajes y los significados generales—, el orden y el desorden, tal como están constituidos por la acción trágica. Pero la teoría «aristocrática» de Hegel-Bradley suponía la exclusión de toda una clase de sufrimiento humano: era una ruina, sostenía Williams, decir que los sufrimientos causados por el trabajo, el hambre o la pobreza carecían de sustancia ética, agente humano o conexión con los significados generales. Hacía falta una nueva concepción, «suficientemente sustancial como para estar personificada en la acción», para conectar con el sufrimiento contemporáneo de hecho. Williams basó su contribución hacia esto en concepciones específicas de la muerte —entendida como experiencia ampliamente variable, no necesariamente solitaria— y del mal. Estaba dispuesto a aceptar que acciones o situaciones determinadas pudiesen ser calificadas de «malignas»,

³¹ Raymond Williams, *Modern Tragedy* (1966), ed. rev., Londres, 1979, pp. 63 ss.

quizá sobre la base de sus propias experiencias como comandante de tanques en la Segunda Guerra Mundial³², al tiempo que se oponía resueltamente a la abstracción del mal como condición absoluta.

Pero si lo social había sido excluido del pensamiento trágico, la tragedia había sido igualmente mantenida fuera del pensamiento social. En las tradiciones de izquierda que resaltaban la capacidad del hombre para cambiar su situación, la visión trágica se consideraba derrotista: la transformación social podía poner fin al sufrimiento, que la tragedia parecía ratificar ideológicamente. Williams fue duramente crítico con los intentos de restar importancia al grado de «violencia, dislocación y sufrimiento extenso» que constituía la realidad vivida del levantamiento revolucionario, por «épico» que este pudiera parecer en retrospectiva. Igualmente engañoso era el inevitable partidismo ante una situación revolucionaria en marcha: el sufrimiento se proyectaba como la responsabilidad de una parte o la otra, hasta que su misma descripción se convertía en un acto revolucionario o contrarrevolucionario. Reducida a una abstracción, la «miseria de millones» podía contemplarse como simple materia prima; tal reducción suprimía la decisiva conexión entre presente y futuro, medios y fines, dando como resultado –Williams tenía en mente la Unión Soviética– un régimen revolucionario que había pasado a detener la propia revolución. «Cuanto más general y abstracto se concibe el proceso de liberación humana, menos cuenta de hecho el sufrimiento real, hasta que incluso la muerte se convierte en papel moneda»³³.

Aunque lo mismo podría decirse a una escala aún mayor del enorme trastorno que constituyó el capitalismo internacional: el miedo, la degradación y el embrutecimiento de miles de millones de personas –esperando interminablemente a ser «sacadas de la pobreza», en la untuosa y despectiva jerga actual– fueron reducidos por ese sistema a mera estadística. Las instituciones que personificaban y sistematizaban ese desorden podían parecer estables e inocentes, un baluarte contra el que las protestas de los heridos y los oprimidos podían parecer la fuente de disturbios. El siglo xx había inducido en la Europa de posguerra «un tipo de pacifismo inerte, demasiado a menudo engréido y peligroso»: los levantamientos de otras partes se veían como una amenaza contra la paz, y debían ser reprimidos mediante la «acción policial» o sofocados mediante «acciones de paz», por las cuales sencillamente se reproducía el desorden subyacente. Para Williams, el objetivo era resolver el desorden trágico subyacente, no taparlo. La resolución implicaría que la sociedad incorporase a toda su gente, como seres humanos completos; por lo tanto, «con la capacidad de dirigir la sociedad mediante responsabilidad y cooperación activas y mutuas, sobre la base de una plena igualdad social»³⁴.

³² Véase Raymond Williams, *Politics and Letters: Interviews with NLR*, Londres, 1979, pp. 57-58.

³³ R. Williams, *Modern Tragedy*, cit., pp. 64-65, 75.

³⁴ *Ibid.*, pp. 64, 80-81, 76-77.

En un «Epílogo» escrito en 1979, Williams señalaba que desde la década de 1960 había aparecido una «dimensión trágica»: la sensación generalizada de pérdida del futuro. Escribía en una época en la que «el orden económico capitalista está en proceso de incumplir su contrato más reciente: proporcionar pleno empleo, crédito ampliado y elevado gasto social como condiciones para el respaldo político», y cuando los futuros costes de ese incumplimiento estaban claros: «millones de personas serán despedidas del trabajo; vidas construidas en las viejas áreas de la explotación industrial quedarán expuestas e impotentes, mientras el capital y el cálculo se trasladan; es probable que las tensiones de las forzosas rutinas competitivas aumenten». Pero esta no era la primera vez que un futuro previsto había sido falsificado; la derrota no canceló la validez del impulso de luchar, ni disminuyó el valor de la lucha. Una perspectiva propiamente social, propiamente trágica, necesitaría afrontar, con la profundidad necesaria, todas las fuerzas, las condiciones y las contradicciones que bloqueaban el camino a otros futuros practicables; hacerlo supondría, nuevamente, concebir la acción trágica como un todo³⁵. Pueden plantearse objeciones a la explicación de Williams; el término clave, «acción», tal vez no sea tan fácil de trasponer del teatro a las complejidades de la praxis social. Pero si la izquierda necesita una perspectiva trágica que abarque el coste humano del orden predominante y la dificultad –la imposibilidad, quizá, desde donde nos hallamos– de resolverlo, la de Williams parece más adecuada para estos fines que la de Bradley, en gran medida porque considera la igualdad social como algo innegociable.

Temporalidades

Los componentes de la perspectiva que Clark propone en «Para una izquierda sin futuro» –una retórica, una tonalidad, un imaginario, un argumento, una temporalidad– están compuestos, respectivamente, por tres partes de arte, una de política y una de filosofía. Para esta revista, las fuentes de una perspectiva alternativa serían el análisis político-económico (no hay modo de evitar las leyes de movimiento del capitalismo contemporáneo); la filosofía (un racionalismo autocrítico y un materialismo equilibrado); y la estrategia política (con el objetivo de captar las operaciones del enemigo, sus puntos fuertes y sus puntos débiles). Dicha perspectiva empezaría por readmitir todo lo que «Para una izquierda sin futuro» excluye explícitamente de su perspectiva: la generación joven, las revoluciones árabes, la transformación de China, la superpotencia golpeada por la recesión, el mundo más allá de la zona euro o de la izquierda anglófona. Hacerlo no sería reconocer un presente plano y homogéneo, sino una gama de temporalidades desiguales funcionando dentro del mismo tiempo cronológico: la República Popular China, todavía en las primeras décadas de expansión capitalista; las repúblicas árabes, que sólo ahora empie-

³⁵ *Ibid.*, pp. 208, 210, 218-219; y R. Williams, *Politics and Letters*, cit., p. 63.

zan a dismantelar los Estados de la era soviética; Brasil, eterna tierra del porvenir, pionera de una burbuja crediticia posmoderna en las *favelas* de tejados de latón; Estados Unidos, que ajusta sus motores en medio del vuelo para otro medio siglo de hegemonía planetaria, enfrentado a una población rebelde que se ha visto despojada del sueño americano. Dicho mundo exige una perspectiva internacionalista, pero también irreductiblemente pluralista: no una sola tonalidad, sino muchas. Aristóteles tenía razón al reconocer, si bien a regañadientes, que la comedia ocupaba un lugar junto a la tragedia, con sus valores contrarios: multiplicidad además de unidad trágica; apareamiento y procreación además de muerte; lo que su *Poética* denominaba «la gente inferior», siempre tan numerosa, y la burla que hacía de los gobernantes, en lugar de tenerles lástima y veneración.

A pesar de toda su insistencia en centrarse en el presente, Clark tiene poco que decir sobre nuestro tiempo. Se muestra impaciente con el hecho de que no haya surgido una oposición de izquierda más coherente, después de casi cuatro años de Gran Recesión. Pero algo en lo que Bernstein tenía razón es que la crisis económica no conduce automáticamente al hundimiento del capitalismo y al levantamiento de los de abajo. La estrategia de rescates de billones de dólares y acuñación de dinero aplicada por Wall Street, el Tesoro y la Reserva Federal estadounidenses ha salvado al endeudado sector bancario, que ahora puede volver a prestar dinero a los endeudados gobiernos a los que se lo pidió. La intervención masiva ha detenido la contracción planetaria aproximadamente en el 4 por 100, aunque China podría profundizarla más. La economía mundial ha entrado en una era de incertidumbre –más recesión, crisis, desplomes, recuperaciones vacilantes– característica de una fase de transición. ¿Qué presiones subyacentes están modelando su curso?

Acerca del final de la sociedad burguesa, escribe Clark con razón, el marxismo estaba claramente equivocado. La revolución del *Capital* fue desbaratada en 1914. Engels había pensado que los trabajadores alemanes preferirían volver las armas contra sus oficiales a usarlas contra sus camaradas de la Internacional; trágicamente, no lo hicieron. Las «revoluciones contra el *Capital*» en la periferia de la economía mundial fueron acompañadas por una expansión histórica de la pequeña burguesía y las clases medias de trabajadores no manuales en su núcleo. En la década de 1970 –la neutralización de la revolución portuguesa en 1974, en gran medida a manos de la socialdemocracia alemana, fue un punto de inflexión–, una clase media «universal» parecía ofrecer respaldo perpetuo al dominio burgués. Pero más o menos en el mismo momento, el avance de la industrialización empezaba a producir una superabundancia de capacidad de fabricación y fuerza de trabajo, y relativa deficiencia de la demanda, que asumiría proporciones de crisis con la entrada del mundo excomunista en la economía mundial. Desde la década de 1970, los salarios medios del núcleo se mantienen estancados; sólo sucesivas burbujas crediticias han producido un efecto de riqueza. La cuestión ahora planteada es la de un retroceso a largo plazo, un reempobrecimiento de medio siglo en las capas medias,

que ya ha avanzado varios pasos en el transcurso de la crisis actual. Esto no provocaría una vuelta a las condiciones de comienzos del siglo xx, sino la aparición de nuevas configuraciones de clase y desigualdades sociales. Los adivinos del imperio se preguntan si la democracia participativa podrá sobrevivir sin una clase media funcionalmente articulada³⁶. Esto no supone subestimar las capacidades creativas del capital: sus límites no pueden haberse alcanzado cuando cientos de millones de campesinos permanecen fuera de las redes del mercado mundial; burbujas crediticias cada vez más grandes podrían dominar las próximas décadas.

En estas condiciones, librarse del legado intelectual del materialismo histórico no sería un avance. Por el contrario, es necesario actualizarlo y desarrollarlo crítica e históricamente; renovar su racionalismo, no reducirlo. Las ideas sacadas de mundos oníricos e intuiciones pueden ser preciosas, pero una política guiada por ellas estaría abocada al desastre. El equilibrio de poder sigue estando abrumadoramente de parte del orden dominante. La Seguridad Interior de Obama logró poner fin a las ocupaciones de 2011 en un abrir y cerrar de ojos. Pero nadie, ni siquiera la Seguridad Interior, piensa que las protestas contra el nuevo empobrecimiento hayan terminado. Las derrotas y las victorias son en todo caso procesos complejos, como las revoluciones árabes han demostrado. Aportamos en la medida de lo posible, en las condiciones en las que nos encontramos, e intentamos explicar las razones de nuestras acciones *an die Nachgeborenen*, a quienes vendrán después. Si Clark, por su parte, solicita a Nietzsche un pasaporte revolucionario que le ayude a cruzar la frontera hacia la moderación bersteiniana, el viaje será largo; y muchas manos le tirarán del abrigo, ralentizando su avance.

³⁶ Francis Fukuyama, "The Future of History: Can Liberal Democracy Survive the Decline of the Middle Class?", *Foreign Affairs*, enero-febrero de 2012.